

Año I, número 14.—25 de Octubre de 1918.

Dirección, oficinas y talleres en Toledo.

CASTILLA

REVISTA REGIONAL ILUSTRADA

Director-Gerente: Santiago Camarasa.

CASTILLA-MADRE DE REGIONALISMO

«Quienes aquí sentimos el Regionalismo, tenemos confundidos, no podemos separarlos, el amor a la Región y el amor a la Patria».

ZUMARRAGA.

Vinimos al campo de la política en son de guerra, porque el primer artículo de nuestro credo era éste: Aniquilar al caciquismo.

Desde el primer instante de la actuación de los regionalistas en la política, entablóse ruda batalla entre los que a expensas del jugo nacional medraban y los que, como nosotros, nos propusimos vigorizar el esqueleto de nuestra amada Patria, de la cual se ha dicho que venían los regionalistas a aniquilarla y destruir.

¿No os mueve a risa esta aviesa interpretación de nuestros propósitos?

Quisiéramos reír, pero ante el triste espectáculo de nuestras miserias, huye de nuestro espíritu dolorido la ironía y sólo se conforta cuando advertimos en los regionalistas castellanos, cada día más arraigada y tenaz, la idea de luchar.

Cuando escuchamos que labios impuros pronuncian la alevosa acusación; cuando contemplamos el horrible espectáculo de nuestra ruina inminente; cuando recordamos a los fariseos de la política, erigidos por «sí», en apóstoles de nuestra redención; cuando todavía no se ha esfumado en nuestra mente de patriotas el recuerdo de luctuosas jornadas, de ruinosas epopeyas, con toda su secuela de desdichas y despojos, y oímos decir a los protagonistas de nuestra tragedia nacional que somos los regionalistas los que venimos a destruir a España; una crispación muscular, instintiva, hace que nuestros brazos amenacen a los blasfemos, a los falsos, a los detractores, cuyo

haber en el balance de su actuación política está lleno de cruces que unas veces significan aquello de «borrón y cuenta nueva», después de la quiebra nacional, y otras no son más que signos piadosos que señalan la fría soledad de una sepultura.

Así, repasando esos balances de nuestros concienzudos y probos administradores, hemos visto unas veces: «Por lo gastado en una obra nacional.... (que no llegó a realizarse) tantos millones». Y otras: «Por lo que costó la sepultura donde yacen los restos de un glorioso caudillo y mil soldados más, tantos millones».

Después de tanta gloria y de tantos héroes inútilmente inmolados hemos leído aún: «Importa la indemnización de guerra un millón de millones».... que hemos tenido que pagar después de habernos quedado sin héroes, sin caudillos, sin vergüenza y sin colonias.

¡Oh, los temibles regionalistas!... Exclaman todavía los «grandes patriotas» factores de nuestras desdichas.

Porque queremos engrandecer la región pregonan la posibilidad de que derrumbe la Patria.

¡Cuánto amor sienten por la Patria los que de tan grande la han convertido en tan pequeña!

No quieren, no; no quieren que haya regionalistas porque su patriotismo es manifiesto. Y, claro está; ante un pueblo formado de regionalistas patrióticos, no podrán medrar los malos y ruines. Los que siempre han hecho Patria, según ellos.

Claro es que el concepto que de la Patria tienen más de cuatro, es un concepto tan mezquino, que no suele ir más allá de los forros de su bolsillo.

X. X.

En favor de nuestro idioma.

DE ACTUALIDAD

Sociedad de Naciones.

Cuando yo escribía en 1916 acerca de la organización de los Estados Pacíficos, estaba muy ajeno al movimiento que se ha desarrollado en Europa, con el fin de constituir la Sociedad de las Naciones.

Había estudiado las Conferencias de la Paz de 1899, y había visto, en la página 469, que se reconocía la posibilidad del Estado Unico.

Acerca del Estado Internacional, se indica que ya existe, y en ello están conformes muchos pensadores, y así lo entendemos en nuestra humilde opinión. Para convencernos de tan evidente verdad, no tenemos necesidad de salir de nuestra casa, ni de hacer grandes y prolongados estudios. Basta con examinar el encarecimiento de todos los productos, para convenir en que formamos parte de un Estado Internacional, obligados, no por convenios ni pactos, sino por los inevitables lazos con que las condiciones de la vida moderna nos ligan a los demás pueblos del mundo civilizado. Dígalo este mismo papel en que se imprimen estas verdades.

En la imposibilidad de citar todos los autores interesantes para estas materias, con sus obras correspondientes, porque se haría pesadísima la relación, anotaremos lo más indispensable para que los lectores que gusten puedan orientarse y comprobar por sí mismos el movimiento pacifista y de asociación mundial.

Los nombres son: Romain Rolland, Auguste Bernaert, Paul Otlet, León Bourgeois, Wilson, Bryan, Coreman, Boué, Cabré, Duplessix, Hardy, Lepert, Ligue des Droits de l'Home, Leroy, Milhaud, Percin, Richet, Séailles, Schwan, Tchéou-Wei, Turull, Thierry, Olliot, Czernia, el Kaiser, Montolliu, Mack-Donal. Los de Acción Española Internacional, Jefferson, Maclagan y otros.

Entre las obras que hemos consultado, merecen citarse por su diferente aspecto, en primer lugar, las de Paul Otlet, «Los problemas internacionales y la guerra» y la «Constitución mundial de la Sociedad de las Naciones; el

Nuevo Derecho de gentes». Tiene una parte dedicada especialmente a lo que será España después de la guerra en la Sociedad de las Naciones.

Maclagan es interesante por la relación que preconiza entre lo que se ha conseguido en la vida civil, como fundamento de lo que podemos esperar para la vida internacional.

Muchos de sus argumentos parecen tan extraordinariamente naturales, que conforme los formula, nos induce a decir: «lo mismo se nos había ocurrido al pensar en estas materias».

Además de haberse ocupado muchas revistas de nuestro tema, existe «La Société des Nations», publicación mensual editada en París.

Lo que principalmente nos afecta de modo incomparable por nuestra privilegiada situación, es lo referente al idioma que ha de servir para las deliberaciones de la futura Sociedad, que señala en su Constitución la exigencia de implantar el idioma internacional.

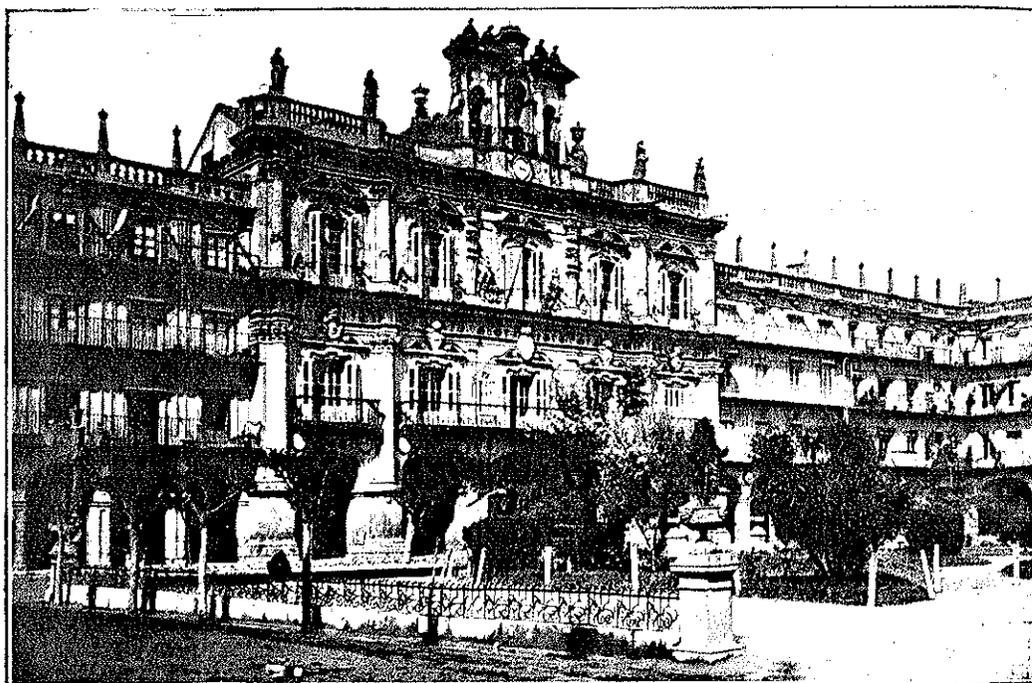
La Sociedad de las Naciones, además de ser una entidad en vías de actuar eficazmente, resulta hermoso tema para las propagandas, y el castellano reúne condiciones insuperables para dar elementos y preponderar en la manifestación definitiva de la lengua internacional.

La Juventud Hispano-Americana nos pondrá en relaciones con todos los elementos castellanos diseminados por las Américas; pero este no debe impedir que los hombres maduros, como nuestros ministros de Instrucción Pública y Estado; los Embajadores y Cónsules Americanos, y todos los que admiran nuestra hermosa lengua, contribuyan a que saquemos el provecho que por nuestras condiciones nos corresponde.

La gloria será de los que contribuyan a conseguir la victoria.

ANDRÉS BRAVO DEL BARRIO.

SALAMANCA



LA PLAZA MAYOR DE SALAMANCA Y EL AYUNTAMIENTO, DE CHURRIGUERA

*¡El sol besa tus piedras, ciudad de oro!
Tienes la gracia del Renacimiento.
La majestad de tu reposo siento,
Cantada por los ángeles en coro.*

*¡Salamanca de lumbre: yo te adoro!
Recoja tu beldad mi último aliento,
Arrójenme tus piedras, cuando el viento
De la existencia barra mi decoro.*

*Junto a tus piedras, ¡yo he soñado tanto!;
Cabe a tus rejas, miel gusté de amores,
Aquí, en tus aulas, mis pesares fueron.*

*¡Llevo dentro del alma los colores
De tu luz otoñal, que se encendieron
Al soplo de ilusiones que ahora canto!*

JOSE SANCHEZ ROJAS.

Fotografía de Narciso Clavería.

INTERESES DE CASTILLA

RIQUEZAS QUE SE PIERDEN

Nuestro amigo Benito Artigas, desde las columnas de «El Mundo», se ha ocupado de los pinares incendiados en estos últimos días, y con fuerza de argumentación, con brillantez y profundidad, ha estudiado estas cuestiones.

Nosotros hemos hecho un viaje a un pueblo cercano, y en un largo trayecto miramos acongojados los pinos negros por el incendio, sin hojas, o los que las tenían ofrecían un aspecto tristísimo por su color amarillento indicador de una pronta desaparición.

Emocionados, con una emoción de esas que sacuden dolorosamente y van alma dentro dejando escalofríos, veíamos la extensión grande de pinar destruído, y la congoja era tan fuerte, que cerraba los labios y detenía las ideas. Solo de cuando en cuando se alzaba entre el dolor que nos daba el espectáculo, una frase de indignación condenadora de la brutalidad que arrasó bárbaramente, un apóstrofe contra quien blandió la tea incendiaria.

Desde Matamala a Tardelcuende, casi todo el camino da una visión tristísima. A uno y otro lado de la vía se alzan todavía los pinos, pero en su mayor parte rajados por la lumbre, quemados, negros, escindidos y rotos, aunque sigan en pie. El viajero que, sabedor de la belleza de estos parajes, con el alma alerta para recoger todos los encantos, los viera otras veces, ahora trueca en pesadumbre su alegría y en gesto de horror lo que antes le diera satisfacción. No importa que no esté al día en las disposiciones del ministerio de Fomento; no necesita conocer la legislación forestal ni por tanto tasar el «pro» y el «contra» de ellas. Le basta con sentir para horrorizarse y lanzar condenaciones.

Es un afán extraño, un instinto de perversidad el que mueve la mano para incendiar, el hacha para talar y por desgracia se dan con harta frecuencia tales casos. Creyérase que nuestros campesinos, por una herencia malsana, por incultura y por creencias absurdas, tienen declarada guerra a muerte al árbol. Desconocen la riqueza que proporciona, la importancia que encierra, o si no, la creen menor a los perjuicios que causa y se impone una labor intensa contra todos los prejuicios y todas las enseñanzas que de largo tiempo envenenan las inteligencias de los lugareños.

En provincias como la de Soria, donde la riqueza forestal tiene un significado extraordinario, donde los montes representan un caudal de ingresos importante, descuidar esta riqueza es algo imperdonable y atentar contra ella un delito que exige dura sanción. Porque, pese a todos los empeños, si queremos ser ricos y fuertes, hemos de mirar como algo sagrado al árbol, y no sólo respetarle, sino defenderle por todos los medios.

Es verdad que se instituyó la «fiesta del árbol», pero nos parece que no se ha llegado con ello a crear grandes amores por él, que es lo que se necesita, y creemos, por conocer bastante al hombre de los campos, que no es insensible ni a la belleza que da ni a los frutos que reporta. Sólo le falta conocerle, y esto, dígame lo que se quiera, no se ha hecho con la intensidad y la persistencia necesaria, ya que no es trabajo de un día sembrar amor en los corazones, poniéndolo en lugar de un odio que de mucho tiempo cuenta sus raíces y que se ha dejado que ahonde extraordinariamente.

No son unos cuantos discursos tan abundantes de huera retórica como faltos de sentido los que despiertan sentimientos de simpatía, ni se alecciona tan sólo con plantar unos árboles de los que nadie hace caso a los dos días.

Disposiciones beneficiosas para los pueblos, facilidades para la plantación y replanteo, cuidados y precauciones que no se reduzcan a dar unos cuantos destinos. Labor de acercamiento y de cultura hecha seriamente, haciendo ver a los campesinos que no se olvidan de que existen y que son merecedores de que su vida sea menos desgraciada y con merecimientos bastantes para ser más llevadera y más digna de atención.

LUIS HERRERA.

INTERESANTE

Advertimos a los colaboradores espontáneos, que no podemos sostener correspondencia sobre los trabajos que nos remitan. Sería una labor abrumadora, para la que no disponemos de tiempo.

Así, pues, no les extrañe nuestro silencio; lo que es una norma fija e invariable que seguiremos.

TIPOS REGIONALES



Un hombre-artista, amigo nuestro muy apreciado, que vive muy próximo a este pueblo admirable, nos ha invitado a presenciar una boda en él, *de gente* importante; de las más acomodadas familias que le habitan.

Con singular complacencia, hemos aceptado el ofrecimiento y hemos admirado el acto del matrimonio de dos felices lagarteranos.

Es aun más admirable, más interesante de lo que pensamos.

Lagartera, el célebre pueblo castellano, que en todo conserva sus costumbres, que vive igual que en el siglo XIV, en que se fundó, ofrece a la nota más bella, más grata, más atractiva, cuando celebra una boda de rumbo.

Es una ceremonia típica, es un acto solemnísimo que celebra todo el pueblo y que todos le disfrutan.

Mujeres y hombres, viejos y chiquillos, con sus preciosos trajes tan característicos, son unos.

Es una nota de color especialísima, de las que ofrecen ya muy pocos pueblos españoles.

Se van los usos viejos; se transforman las costumbres; se pierde el carácter típico de lo que fué.

En este Lagartera no ocurre esto; tiene todo lo que pasó; tienen todos los suyos la misma indumentaria de sus antepasados.

Sus mujeres alhajadas con verdadera exageración, adornadas bellamente con los colores chillones de sus zapatos—con hebilla de plata—de sus medias, de sus trajes, de sus pañuelos, de todas sus ropas; destacan vivamente de los hombres, con sus trajes pardos, severos, con sus grandes sombreros, con su indumentaria sencillamente varonil.

La comitiva desfila alegre, y al pasar junto a nosotros, nos impresiona gratisimamente. Es un bello conjunto, es un admirable cuadro castellano, del que ofrecemos al lector sus protagonistas principales.

DARÍO CASTILLO.

Fotografía de Juan Ruiz de Luna.

DESTRUCCION

A la izquierda queda la carretera de Valladolid a Burgos. Nosotros atravesamos el Arlanzón, revelador de pertinaz sequía, por angosto y destartado puente. Este puente tuvo sencillas barandillas de hierro. Hoy sólo quedan restos de ellas, y el viandante o el carretero pueden irse al río libremente y sin obstáculos. No se sabe que hasta la fecha haya tratado nadie de rehacer las barandillas.

Por un camino muerto—corto se quedó quien los llamó muertos,—echamos en dirección a Villaverde de Mojina. Ha llamos en Villaverde un palacio del siglo XVII, que ha tenido la fortuna de caer en dueños cuidadosos, que le han conservado y remozado. Señalemos el hecho con piedra blanca.

¡Hala por el camino, ladera arriba! Pedruscos, baches, tábanos, sol asfixiante. Llegamos al páramo, que se extiende amplio ante nuestra vista. Esto fué en tiempos un hermoso y poblado monte, que daba leña, pastos y amenidad. Hoy, descajado por pecadoras manos—como tantos y tantos otros,—sólo conserva aquí y allá algún carrasco.

Santa María del Campo. La villa se extiende en el fondo sobre anchurosa planicie. Entre sus casas abigarradas y vetustas se yergue la torre de la iglesia.

Esta iglesia y esta torre son la maravilla de Santa María del Campo. En el pasado invierno robaron preciadas joyas de esta iglesia audacísimos ladrones. Para ello forzaron enormes cerrojos, violentaron ferradas puertas, rompieron fortísimas jambas. Quiero tan mal a los chamarileros—anticuarios se llaman ellos—que casi estoy por achacarles el robo. Debiera cazarse como alimañas a estos sujetos que poco a poco han ido despojando iglesias, conventos y casas nobles de sus riquezas artísticas.

Cierto que esas riquezas, más cuidadas y menos expuestas que en iglesias, conventos y casas nobles, estarían casi siempre en los museos públicos, y que nuestro Gobierno debiera designar compradores que, parando el golpe a esos chamarileros, hicieran por los pueblos oportunas adquisiciones. Y, si esto no es posible, establezcan los prelados, como alguno lo ha hecho, museos diocesanos que llenen los mismos fines.

¿Quién no ha visto y lamentado las profanaciones artísticas que muchos párrocos, sin duda con el mejor deseo, han cometido en sus iglesias? ¿Quién no tiene noticia de que algún objeto valioso haya salido para siempre del lugar que ocupaba, a cambio de un entarimado o de un púlpito de marquetería? Sé de algún párroco que pidió licencia a su obispo para enajenar en forma parecida una admirable imagen gótica, y el obispo tuvo el buen acuerdo de dar una negativa.

Si el lector no tiene inconveniente en dar un salto de cuatro leguas, puede comprobar todo esto trasladándose conmigo en un momento al pueblo de los Balbases. En los Balbases, a más de los restos del templo románico de San Boal, hay dos iglesias. Una de ellas, la de San Esteban, tiene un primoroso retablo con tablas italianas del siglo XV, que representan episodios de la vida de San Esteban y Santa Ursula. En fecha que no ha de remontarse a ochenta años, desaparecieron las tablas inferiores y fueron sustituidas por

otros tantos mamarrachos. El lector y yo esperamos que no corran la misma suerte tres bellísimas pinturas que vemos en la sacristía (el Descendimiento, el Nacimiento y la Adoración de los Reyes), ni otras tablas de la iglesia del «Barrio», que parecen de la misma mano que las de San Esteban, ni un espléndido terno, gótico, según noticias, que no podemos ver por no estar en la iglesia.

Y ahora, examinemos la iglesia de Santa María del Campo. El suntuoso atrio, de amplias escaleras, con sus airosos balaustres, es digno acceso a semejante templo. La torre es dechado del arte plateresco. Esbeltez tan característica y singular como la suya, acaso no se hallará en ninguna otra torre de España.

La puerta de la Plaza, de fecha muy anterior, nos trae en seguida a la memoria otras dos joyas del arte arquitectónico: la capilla del Condestable, en la catedral de Burgos, y la fachada de San Gregorio, en Valladolid. Diríase—y probablemente se diría la verdad,—que en ellas tuvieron intervención los mismos imagineros.

El señor cura, amablemente, pone a nuestra disposición el archivo, por si diéramos con alguno de los artistas que en la obra tomaron parte. Salvo una bula del Papa León X, estimulando la colecta de limosnas para continuar la torre, ninguna cosa de particular se encuentra.

El hermoso claustro gótico de la iglesia amenaza venirse a tierra. El Ayuntamiento de Santa María del Campo—*jhorendum dictu!*—ha ido quitando los contrafuertes exteriores del muro, para ejecutar no sabemos qué obras. Y viendo las cosas que pasan en este pueblo, y en el otro, y en el de más allá, nosotros ya no sabemos si quienes han llevado a los pueblos de Castilla el asolador espíritu de destrucción, han sido los chamarileros, los curas, los Ayuntamientos o los vecinos todos.

En la sacristía vemos un magnífico mueble del Renacimiento y un montón de papeles sin importancia. No la preciada cruz parroquial ni otras ricas alhajas que deben de estar ocultas, por aquello de que *el gato escaldado*....

En Santa María del Campo hay una fundación para la enseñanza del latín, que tuvo famosos dómínes e inúmeros discípulos. Eran dómínes por el estilo de aquéllos que retrata D. Fermín Caballero; de los que recitaban de memoria la carta de Pablo Merula y el soneto de Rengifo; de los que sabían un sin fin de laberintos, acrósticos, equívocos y macarrónicos, de los que se complacían en repetir los versos a la Virgen del Pilar de Zaragoza, que comenzaban:

Sublimes admitte pias gratissima gentes,
Instaura celebres Sacra María choros.

Aquellos dómínes no sabían filología; pero como el estudio del latín era algo fundamental y necesario, había en España quien supiera latín. Hoy, de absoluto acuerdo, científicos, comerciantes, políticos y estrategas han convenido en que el latín, y lo mismo la gramática y la literatura, no sirven para nada, y, claro es, han resuelto prescindir de su estudio, persuadidos de que ese es el único camino para que nuestras

industrias, nuestra agricultura, nuestro ejército y nuestra marina alcancen estupendo desarrollo. Cierto es que en Alemania el estudio del latín comprende varios y concienzudos cursos, y que en los colegios de los Estados Unidos hay más de 19.000 estudiantes de latín; pero eso es pura casualidad.

Como remota consecuencia de todo esto, en Santa María del Campo cuesta ahora un ojo de la cara encontrar alumnos que quieran aprovechar las ventajas de la fundación, y ha tenido que encargarse de la enseñanza el propio coadjutor de la parroquia.

En fin, dirijamos un vistazo a un esbelto torreón de las murallas, y marchemos carretera adelante en dirección a Palenzuela.

Sin descanso se oye clamar por la construcción de carreteras y caminos; pero, a lo que voy viendo, lo que hace falta pedir es algún viandante para esos caminos y carreteras. Desde Santamaría a Palenzuela—y eso nos ha ocurrido muchas veces en los muchos miles de kilómetros que llevamos andados por carretera en esta pícara vida—no encontramos ni un sólo transeunte. Rectifiquemos: en dirección opuesta a nosotros se aproxima a caballo un aldeano con su hijo, que viene de Villahoz de sacar una muela al muchacho, por haber en aquella villa—y esto no es reclamo—un practicante muy entendido en tales menesteres.

Llegamos al poblado de Escuderos. Hay aquí una ermita, en la cual, gracias a la amabilidad de la ermitaña, entramos inmediatamente. La Virgen de Escuderos fué sin duda muy milagrosa. De las paredes penden numerosos ex votos con sus leyendas gratulatorias, del siglo XVIII principalmente; más ¡ay! que la ermita está hoy convertida en palomar, y mal se verán para decir misa en ella el día de la Ascensión, en que celebra su fiesta.

Dejamos a un lado el molino harinero de Escuderos, y poco más allá, erguidos sobre una loma, descubrimos los restos de Torremoronta: El muro del campanario con su espadaña: eso es todo lo que de Torremoronta queda. ¿Será que doquiera nos acompañará la destrucción? ¿Será que el paso de los tiempos, lejos de traer progreso y vida, habrá arrojado en este suelo la devastación y la muerte? Los buenos castellanos, nuestros antepasados, llevaron a todas partes la riqueza y el arte en forma de iglesias, de palacios, de fortalezas. Hoy derribamos lo que ellos levantaron. Los tiempos han cambiado, es cierto. Si en vez de esas fortalezas, de esos palacios y de esas iglesias viéramos que en los pueblos se alzaban fábricas, talleres y casas de labor, por bien empleado podía darse el cambio; pero, por desgracia, no es así. Sólo aquí y allá alguna fábrica de harinas, alguna modesta explotación agrícola, alguna hidroeléctrica para dar luz a los pueblos vecinos. Todo ello, en verdad, no compensa lo que se destruyó.

Dejamos a nuestra izquierda, sobre el Arlanza, un puente de piedra.... destruído, y algunos kilómetros más allá llegamos a Peral de Arlanza. Nada hay en este pueblo que nos obligue a detener, y seguimos hasta Palenzuela.

¡Palenzuela! Villa de noble historia, que arranca de los tiempos romanos y se extiende a través de la Edad Media. Aquí evocamos la memoria de Alfonso XI y de Pedro I, y recordamos las palabras que la crónica pone en boca del Rey Cruel: «¿Sabedes, Don Tello, como vuestra madre D.^a Leonor es muerta?»

De la fortaleza de Palenzuela sólo quedan en pie dos pare-

dones. Torres, cubos, matacanes, adarves, todo desapareció. De las murallas, aquí y allá algún resto.

En la iglesia de Palenzuela, mezcla de elementos varios, no es poco lo que hay que ver. Una pila barroca, bien conservada; un retablo de talla, obra del siglo XVII; otro con un tríptico flamenco, de valor excepcional; un facistol de traza elegantísima; varias imágenes que pertenecieron a retablos desaparecidos y hoy se agrupan en la sacristía. También el señor cura de Palenzuela nos invita atentamente a registrar el archivo parroquial; pero ello, por lo que vemos, exigiría varios días, y hemos de renunciar a tan tentador ofrecimiento.

Y vamos a visitar las ruinas de otra iglesia, que hasta hace medio siglo estuvo abierta al culto. La impresión es tristísima. Era un templo gótico, de belleza que aún resplandece en las ruinas. Ya no hay bóvedas; pero las columnas se elevan airosamente y por milagro de equilibrio se sostienen algunos arcos. Capiteles primorosos, festoneadas cornisas, gallardas dovelas.... Del lado del Evangelio se ven los sepulcros de Andrés de Acitores, familiar del Santo Oficio en Valladolid, y de su hijo Lorenzo. Más allá otros sepulcros, ya sin inscripción.... ¿Habrá dolor como éste? ¿Quién había de decir a los fervorosos castellanos fundadores de este templo que por abandono e incuria—bien puede afirmarse—su obra se destruiría prematuramente? ¿Cómo los nobles hidalgos que ahí fueron enterrados habían de creer, no ya que quedarían incumplidas sus memorias, guardadas en el archivo de la iglesia—como reza el sepulcro,—sino que sus mismos restos caerían bien pronto envueltos entre escombros?

Y viendo esto, y viendo las casas de Palenzuela, que se desmoronan, y considerando que esto ocurre por toda Castilla, la idea de la destrucción acude de nuevo. Ahí, del otro lado del Arlanza, tenemos la ermita de Nuestra Señora de Allende el Río, donde una sola vez al año se dice misa; tenemos un convento ya sin frailes, y, lo que es peor, sin las obras de arte que guardó algún día. No bajamos a verlas. ¿Para qué? Han de ser un torcedor más que nos mortifique con la tristeza de las cosas pasadas y el oprobio de las presentes.

NARCISO ALONSO CORTES.

Imponer la tasa traerá el más grave conflicto que puede plantearse: el año que viene no habrá trigo ni para la mitad del consumo.

Si hay tasa, no se sembrará trigo.

Lo sabe el Sr. Ventosa y lo sabe el Sr. Maura. Ambos lo han dicho estos días.

Saben, pues, que hay que elegir entre un problema de carestía y un problema de escasez.

Es dilema inevitable.

Y no creemos patriótico preferir que se plantee el más grave de los dos.

DE «LA LIGA AGRARIA»



CASTILLA-AGRARIA

El Instituto Nacional-Agrario.

D. Juan F. Correas, infatigable propagandista de la Sindicación Agraria, acude a la información abierta por «El Debate» acerca del Instituto Nacional Agrario.

Pocos serán los pueblos manchegos que no conozcan el verbo inflamado y apostólico de este paladín de los Sindicatos Agrícolas. Su parecer tiene el valor de estar basado en sólidos y especializados conocimientos y en la visión clara de las necesidades y aspiraciones de la clase agrícola, con la cual vive el Sr. Correas en continua y estrecha comunicación.

He aquí su artículo:

Se me ha pedido mi parecer sobre el proyecto de ley para la creación de un Instituto Nacional Agrario, y honrándome muy mucho «El Debate» con tal solicitud, he de manifestar mi absoluta conformidad con lo escrito en días anteriores por mi querido amigo y maestro D. Severino Aznar.

El Instituto Nacional Agrario que se proyecta no responde a las necesidades de la Agricultura. Crédito agrícola envasado en los odres viejos de los Pósitos, colocados al amparo de caciques municipales, desaprensivos y sedientos, y teniendo éstos como suprema justicia una Junta de honorables políticos que, al llegar las elecciones, habrán de necesitar de su influencia, traducida en votos, es un absurdo intolerable e incomprensible en un hombre como Cambó, que tantas veces se nos presentó vestido con el ropaje prestigioso de la descentralización y de la moralidad administrativas.

No me explico el atrevimiento de este señor ministro, poniendo en tentación, con el nuevo y sabroso fruto que representa el manejo hábil de unas docenas de millones de pesetas, a ese ejército de políticos *ascetas*, que ha logrado detener el paso de la prosperidad nacional por preocuparse demasiado de la suya.

Más razonable hubiese sido tomar como punto de partida los proyectos acertados del señor vizconde de Eza, hombre estudioso y orientado en estos menesteres como ningún político de los de altura, y previa una consulta a los verdaderos directores de las Asociaciones agrarias, a las cuales se intenta servir, modelarlos, completarlos y hacerlos provechosos y viables. Pero no; el afán de novedades ha vencido y dado a luz un engendro que el país agrícola rechazará.

Pero hay más. Todo proyecto de Banco Nacional Agrario, hiciéralo quien quisiese, sería un desacierto, si él mismo no fuese acompañado de una obra de «cultura social y técnica», que haga productivo el valor real del crédito agrícola. ¿Qué son los millones de pesetas para obras hidráulicas, sin caminos vecinales ni ferrocarriles

secundarios que faciliten la exportación? ¿Qué son los millones de pesetas para intensificar los cultivos, si no hay preparación para realizarlos por un Cuerpo de verdaderos *tacultativos*?

¿Qué son unos millones de pesetas para el establecimiento de nuevas industrias agrícolas, sin una legislación que facilite la implantación y desarrollo de éstas? ¿Y qué son todas esas cosas juntas, sin un espíritu de solidaridad, de cooperación y de moralidad entre los partícipes de esos beneficios, que ofrezcan una sólida garantía de éxito y de acierto en una empresa tan trascendental? ¿Qué son? Un verdadero peligro, que podrá traducirse en un desastre nacional.

Porque eso hacemos en pequeño en nuestras organizaciones agrarias, éstas viven, prosperan y se agigantan hasta donde no podían soñar, dados los pequeños medios con que contamos para ayudarlas. En concreto. El proyecto del Sr. Cambó me parece absurdo e irrealizable y cualquier otro proyecto de crédito nacional agrario que no sea a base de organización cultural y técnica me parece peligroso.

¿Qué hacer? Ya lo he dicho. Tomar como base los proyectos del excelentísimo señor vizconde de Eza; ponerse al habla con el Consejo directivo de la Confederación Nacional Católica Agraria—primera fuerza agraria organizada—con la Sociedad de Agricultores de España, Asociación General de Ganaderos del Reino, Instituto Agrícola Catalán, Banco Popular de León XIII y media docena de personas más que, como Severino Aznar, se han especializado en estos trabajos: modificarlos, completarlos y armonizarlos, y realizarlos con grandeza de alma y alteza de miras. De otro modo, que no se moleste el Sr. Cambó. Que no nos ponga dificultades a nuestro camino; que, a nuestro paso, que no es tan lento como a muchos parece, llegaremos a obtener para la agricultura todo lo que ella necesite, cuando ella sea lo que está llamada a ser, y será muy en breve: la primera fuerza social digna y seriamente organizada.

JUAN FRANCISCO CORREAS

INTERESANTE

Nuestros subdirectores, en todas las capitales de la región, son los encargados generales de esta revista, en las provincias, a que correspondan.

A ellos, cuyos nombres damos al final, deberán dirigirse para todos los asuntos relacionados con la misma.